

esta ciudad: los establecimientos de instrucción pública, que ponen de manifiesto su cultura y elevadas tendencias de su expansión intelectual: las poderosas manifestaciones de sus multiplicadas industrias, que la colocan al nivel de las más laboriosas metrópolis: en suma, hemos visto lo suficiente para formarnos juicio perfecto de que el Estado de Puebla está ya sobre los rieles que le conducen por el camino de segura y vigorosa prosperidad. (Repetidos aplausos.)

Nuestro recuerdo de Puebla será, pues, imborrable; y han de perdurar también en nuestra memoria, para trasmitirlos á nuestros Gobiernos, y para hacerlos conocer de nuestros conciudadanos, los votos que acaba de formular el Señor Gobernador, porque de hoy en adelante, presida en las relaciones de la América, tan sólo el sentimiento de la fraternidad.

“De hoy en adelante”—tomo estas palabras del Señor Gobernador, porque sintetizan el más juicioso pensamiento político,—de hoy en adelante debe abrirse un nuevo horizonte para el Continente que habitamos. [Aplausos.]

En el nuestro, como en todos los Continentes del Viejo Mundo, y siguiendo la fatal ley histórica de la especie humana, no han faltado sombras, obscuridades y perturbaciones deplorables. Ninguna de las tres Américas vióse libre de escribir páginas que si no podemos borrar, debemos olvidar! [Grandes aplausos.]

Doblemos, desde hoy, las páginas del pasado! No removamos lo que es irreparable! Fijemos los rumbos de la política americana en una nueva huella! Miremos sólo hacia adelante, y el mundo de Colón cosechará abundantes frutos de la Segunda Conferencia que actualmente celebramos. . . . [Repetidos aplausos.]

Señor Gobernador: En nombre de mis colegas, os renuevo la expresión de nuestra gratitud por la hospitalidad tan generosa que nos brindáis y que nos brinda vuestro Estado.

Y vosotras hermosas damas de Puebla, que coronáis como flores tropicales este banquete, y que con tanta benevolencia, como fina cultura, realizáis la hospitalidad que agradecemos, recibid también el testimonio de nuestra gratitud más reverente y el homenaje de nuestra admiración más respetuosa.

Alcemos ahora la copa, Señores, porque la estrella de Puebla continúe cada día en mayor y más propia luz, brillando en esa constelación que figura en el cielo de América con el nombre de Estados Unidos de México. [Repetidos aplausos.]

Hubo después otro brindis en verso pronunciado por un caballero cuyo nombre no llegamos á saber, pero que obtuvo frecuentes aplausos en las sonoras estrofas que recitó.

El café se prolongó hasta después de media noche, hora en que comenzaron á retirarse los comensales.

EXCURSION A CHOLULA, ATLIXCO Y METEPEC.

Sería porque el ceremonioso frac de la noche anterior había desaparecido, porque los afectos nacían ya con el trato de unas cuantas horas, ó porque el campo que se extendía á corta distancia con sus vistosísimas labores, inspiraba espontaneidad, lo cierto es, que desde los primeros momentos de la excursión á Cholula, Atlixco y Metepec, reinaba la mayor cordialidad y alegría entre las doscientas personas que ocupaban los ocho carros del convoy ferroviario.

La poderosa máquina hizo sonar la ronca sirena, escapándose el blanquecino vapor, en contraste con el negro penacho de humo que arrojaba la acerada chimenea. Los relucientes émbolos comenzaron á dar movimiento, á los grandes discos deslisados sobre las interminables cintas de hierro, al acompasado sonar del esquilón, primero poco á poco, y después vertiginosamente, el inimitable panorama de la naturaleza corría á nuestra vista.

No nos fijabamos en los pequeños y grandes molinos, ni las fábricas que iban quedando atrás; en la penitenciaría que semejava erguido centinela de la ciudad, envuelta en crespones de neblina, que traspasaban los rayos solares para mirarse en las relucientes cúpulas de los templos; nuestra vista contemplaba preferentemente el histórico cerro de San Juan, que sirvió de cuartel maestro al General Don Porfirio Díaz, y de punto de operaciones para el glorioso asalto del 2 de Abril de 1867.

Guiados por los recuerdos que nos dejó la lectura de esa página sublime de nuestra historia, nos figurabamos la falda del encumbrado cerro, que aun conserva el derruido portalón de aquellos tiempos, sirviendo de cuartel general, al héroe del sitio y de la toma de Puebla. Pasaban por nuestra mente los desesperados esfuerzos de aquel grupo de patriotas denodados, que á fuego y sangre, pretendían reconquistar la ciudad perdida; nos fijabamos en la trozada torre del templo de San Agustín, y nos parecía escuchar y ver el desplome de sus almenas, el hundimiento de sus torrecillas rodando sobre los vacilantes altares, las campanas en lúgubres tañidos y levantándose en sofocantes nubes; nó el incienso de las fiestas, sino el polvo en que se convertían las gruesas paredes de los profanados templos.

Los nombres de González, de Pacheco, de Carrillo, de Alatorre y de otros muchos, que, inspirados por el General Díaz, disputaron palmo á palmo los inexpugnables puntos de San Javier, San Marcos, la Merced, Belém y el Carmen, vinieron á nuestra memoria; los fingidos preparativos, del levantamiento del sitio, cuando las energías parecían agotadas, la engañosa retirada del Ejército de Oriente, que tantas esperanzas causó á los conservadores que defendían la plaza, y aquella momentánea llamarada que iluminó la aurora del naciente día, para dar la señal de asalto; el ardor de los combatientes, el nutrido cañoneo opacando las detonaciones de las descargas de fusilería, y los gritos de la victoria alcanzada; se presentaban cual si fueran realidades, levantándose del fondo de nuestra alma un sentimiento de gratitud y de admiración, hacia los que produjeron en aquella fecha, el acto más sen-

cible para el llamado Imperio, que al estremecerse en hasta sus cimientos comenzó á desplomarse.

* * *

Cholula, la gran ciudad aborigene, estaba á nuestra vista presentando como huellas de la dominación española, sus numerosos templos, como curioso monumento, su piramide consagrada al Dios propicio y fundador de la era de oro de los toltecas, Quetzalcoatl, que se levanta á unos doscientos pies sobre la llanura, soportando antiquísima iglesia de dos torres, circundada por espacioso atrio; y como señal de riqueza, los sembrados que se perdían á nuestra vista.

Una multitud esperaba la llegada del ferrocarril. Millares de indígenas se agolpaban á los lados de la vía saludando á los viajeros. En la estación tocaban veinte músicas cuando menos, diferentes piezas á la vez; por los aires se elevaban gruezas de cohetes que producían ensordecedores estallidos, y los centenares de campanas de las iglesias, sonadas precipitadamente, parecían indicar que el mundo entero se incendiaba.

Fué un recibimiento *sui generis*, en el que no faltó ni la música de instrumentos primitivos, ni las aromáticas varas de flores obsequiadas á las señoras, ni los vivas prolongados, ni los estandartes de sociedades: pero también una manifestación sincera de cordialidad, que se hizo á los visitantes mientras permaneció el tren en la estación.

Las cámaras fotográficas de los excursionistas manejadas por las guapísimas viajeras y sus acompañantes, tomaban curiosas instantáneas: ora el grupo de rurales con sus jaranos de puntiaguda copa, gruesa toquilla y ancha falda, sus chaquetines de cuero y ajustada pantalonera; llevando marcialmente la carabina al brazo y el sable en el cinto; ora los indígenas de inflados carrillos y andar acompasado que tocaban sonos zandungueros con chirimías, teponaxtles y tamboriles.

El viaje siguió con rumbo á Atlixco por entre inmensos plantíos de cereales. Por todos lados del valle se descubrían fincas de labor más ó menos grandes, entre paisajes pintorescos, y uno que otro pueblecillo. En algunos tramos del camino, el adorno era encantador; banderolas, guía de follaje, portadas, todo contribuía á dar á aquellos parajes un aspecto risueño. Los puntos de parada estaban llenos de gente ansiosa de recibir á los congresistas.

A medida que se avanzaba, la temperatura se hacía más agradable, respirándose el medio ambiente de los climas templados, la fertilidad de las tierras aumentaba y algunos productos de la zona tórrida se veían en los campos.

Descubrimos el cerro de San Miguel, que se halla en el centro de la ciudad de Atlixco, cuando las bombas de dinamita atronaban el espacio y se escuchaban los alegres repiques. Un recibimiento semejante al de Cholula se hizo á los señores Delegados.

Como notable en Atlixco, recordamos la pintoresca cabalgata de cerca

de cien charros, ginetes en finos caballos, enjaezados con monturas nacionales de gran valor.

A la una del día el tren pasaba por grandiosa portada sostenida por dobles columnas. En el airoso y elegante remate del arco de triunfo, se leía: "La Compañía Industrial de Atlixco, á los Congresistas Pan-Americanos." Adornaban después los lados de la vía bonitos mástiles con escudos y pabellones. El convoy se detuvo frente al edificio de la gran fábrica de Metepec, cuyas fachadas se engalanaron con muy buen gusto.

La industria fabril del Estado de Puebla, tan desarrollada, es uno de sus factores de riqueza; para su importancia ha contribuido el caudal de agua que conduce el Atoyac, río que proporciona poderosísima potencia generadora, que tiene en constante actividad multitud de fábricas, molinos, etc.

De las treinta fábricas de hilados y tejidos que existen en varios Distritos de aquel Estado, la mejor es la que teníamos á la vista, con su elegante fachada, numerosas pertenencias y grandiosa maquinaria.

Con verdadero interés se recorrió la moderna fábrica, en todos sus departamentos: uno de los salones cuenta con mil telares, causándonos admiración aquel conjunto de bandas, flechas, poleas, etc., etc. Toda la maquinaria es de los últimos modelos, y se mueve por dos poderosas turbinas que desarrollan importante caudal de fuerza motriz.

Vimos finísimos telares para telas de seda, y otros para casimires. Según nos dijeron, esas máquinas son exactamente las mismas que usan las grandes fábricas europeas y de Estados Unidos, y producirán, á precios mucho más bajos, las telas que nos llegan del extranjero.

Para dar una idea de la instalación, que cuesta cinco millones de pesos, se mandaron poner en movimiento las máquinas, y presenciemos un imponente espectáculo, cuando las turbinas comenzaron á funcionar.

La gran fábrica, cuando esté trabajando, tiene que ser el centro de una población, que se formará rápidamente con las familias de los miles de operarios que ocupe, y competirá ventajosamente con las más importantes fábricas de la República. Ya ahora cuenta con un buen dispuesto caserío para los trabajadores; tiene oficinas de correo y telégrafo, y una línea ferroviaria especial, que transportará sus productos á los mejores centros comerciales.

Ocupémosnos del banquete ofrecido á los dignos representantes de América, en el salón de talleres, adornado con festones, flores, banderas y escudos, en artística combinación. Uno de los extremos del comedor lucía gran cuadro con figuras alegóricas, que representaban el Comercio, adornado igualmente de flores y guías de follaje. En el extremo opuesto, se levantó una plataforma, engalanada con pabellones de varios países. En ella se colocó la orquesta que, durante el banquete, ejecutó escogidos trozos de las mejores óperas, los Aires Mexicanos y el Himno Nacional, escuchado de pie por todos los concurrentes.

Las mesas eran cuatro, con capacidad para doscientas personas. En la de honor, tomaron asiento los Señores Delegados y sus familias, el Señor General Don Mucio P. Martínez, altos funcionarios del Estado y distinguidas familias. Las otras mesas contenían también escogida concurrencia.

El *menú* se compuso de platos muy bien elegidos, que se rociaron

con delicados vinos. Un magnífico servicio de mesa completó el lucimiento del banquete.

A la hora del champagne, el Señor Lic. Don Miguel Limón, Magistrado del Tribunal de Justicia, tomó la palabra y ofreció el banquete dirigiendo entusiastas frases á los Señores Congresistas; enalteciendo la noble misión que los traía á México, y manifestando que la Nación entera, aplaudía el arribo de los Señores Delegados, y los Estados que la forman se disputaban la honra de recibirlos en su seno.

Habló en elocuentes términos de la paz y del progreso de las Américas; brindó por la felicidad personal de los Señores Delegados, y tuvo elegantes frases para las señoras y señoritas que formaban el mejor adorno de la mesa.

El Señor Vicepresidente de la Conferencia, Don Baltazar Estupinián, contestó el brándis del Señor Lic. Limón, elogiando el valor de la ciudad de Zaragoza en épocas aciagas, y los progresos admirables que ha alcanzado al descansar sus armas; con palabras muy expresivas brindó por el pueblo mexicano, por su Presidente y por el Gobernador del Estado.

Ambos oradores fueron escuchados con verdadera complacencia, y las muestras más patentes del regocijo con que se recibieron sus palabras, se manifestaron en los frenéticos aplausos que les tributó el auditorio.

La cordialidad tan general que reinó durante el banquete se acrecentó después notablemente, permaneciendo algunos de los invitados en agradable plática, y recorriendo otros los pintorescos alrededores del edificio.

Las músicas de viento continuaron turnándose con bonitas piezas que convidaban á valsar á los jóvenes, quienes se disponían á improvisado baile, cuando se dió la orden de regreso, teniendo en cuenta que el sol se acercaba ya al Ocaso.

¡Triste, muy triste quedó aquella juventud bulliciosa cuando vió perdidas las bellas ilusiones que se había forjado! Lo observamos en más de un femenino rostro encantadoramente velado por la gasa que se desprendía del primoroso sombrero de viaje, sirviendo cual sirve la noche á los astros.

* *

Atlixco, la ciudad aromada de balsámicas esencias que se desprenden de los azahares de sus jardines de alegres florestas; con su pintoresco cerro cubierto de gayas praderas y con bordados de matizadas labores, hizo solemne recepción á los excursionistas.

El estruendo y fragor de la pólvora, el repique de las campanas, el acorde sonido de las músicas, el clamoreo de la multitud, las calles todas enramadas, los marcos de flores en las puertas y los ramilletes de follaje y cañaverales en las fachadas, eran señal inequívoca del unánime regocijo.

En grupos de varias personas se visitó la ciudad, llamada á rápido progreso por su cercanía á los importantes centros industriales que aumentan sus antiguas fuentes de riqueza: la horticultura y la agricultura.

Algunas personas llegaron á la cúspide del cerro de San Miguel; otras quedaron gratamente sorprendidas visitando el molino para metales, en donde se tenían preparadas algunas cajas de helada champagne y delicados pastelillos que fueron ofrecidos con exquisita cortesía por los caballeros dueños del mencionado molino.

En el jardín principal, paseaban muchas señoritas, pertenecientes á las familias más acomodadas de la localidad, luciendo sus esbeltos talles y su airosa elegancia, semicubiertas por costosos rebocillos de seda finísima, con preciosas blondas.

El agradable Mr. Foster, perteneciente á la Delegación de los Estados Unidos de América, conquistó grandes simpatías con las improvisadas arengas que dirigió al pueblo, que ovacionó al orador después de escuchar sus sabios consejos.

* *

Casi había obscurecido, cuando el tren continuó en marcha; los cholutecas que gozan de justa fama como notables pirotécnicos, prepararon lucidos fuegos artificiales, que se encendieron al regreso de la excursión, y no fueron menos entusiastas en sus manifestaciones de alegría.

La pirámide iluminada con tan vistoso gusto, que producía un aspecto que todos admiramos. Desde los carros nos fué dable contemplar el conjunto de fuego que, en forma de lluvia, descendiendo majestuosamente, y cual brillante aurora, ya en hermosos meteoros, que surcaban el espacio iluminándolo más que las estrellas; ya en paracaídas que mecían sus multicolores puntos luminosos; ya en silbantes cohetes, nos deleitaba. Numerosas y muy bien combinadas piezas de artificio, se quemaron en la calle principal, y una elevada y extensa portada de magníficos efectos, en el andén de la estación. Al encenderse esa obra pirotécnica, cuya creciente belleza hacía lanzar gritos de admiración en el pueblo, leímos lo siguiente, formado con brillantes caracteres, en el centro de la portada: "Bienvenida á los Congresistas Pan-Americanos;" y en las columnas: "Pax," "Lex."

El tren partió, escuchándose los vítores de la muchedumbre entusiasmada, aclamando á los Congresistas.

Muy complacidos de la excursión llegamos á Puebla, donde el bullicio de las fiestas no disminuía, y nuevas manifestaciones se preparaban en loor de los insignes huéspedes.

La excursión á Metepec no dejó de fatigar á los Señores Delegados, y con mayor razón á las señoras y señoritas de sus familias; por esta causa, la Junta organizadora del programa, dispuso suprimir la visita á los ingenios del Distrito de Matamoros, distante ocho leguas de ferrocarril.

El día 18, por lo mismo, se dejó en libertad á los visitantes para que emplearan el tiempo en lo que fuera más de su agrado, y acompañados de las personas comisionadas para que los atendieran, se dirigieron unos á visitar los edificios públicos y los paseos; otros fueron nuevamente á la que fué ciudad santa de los nahoas, Cholula, y á la Exposición; recorrieron los alre-